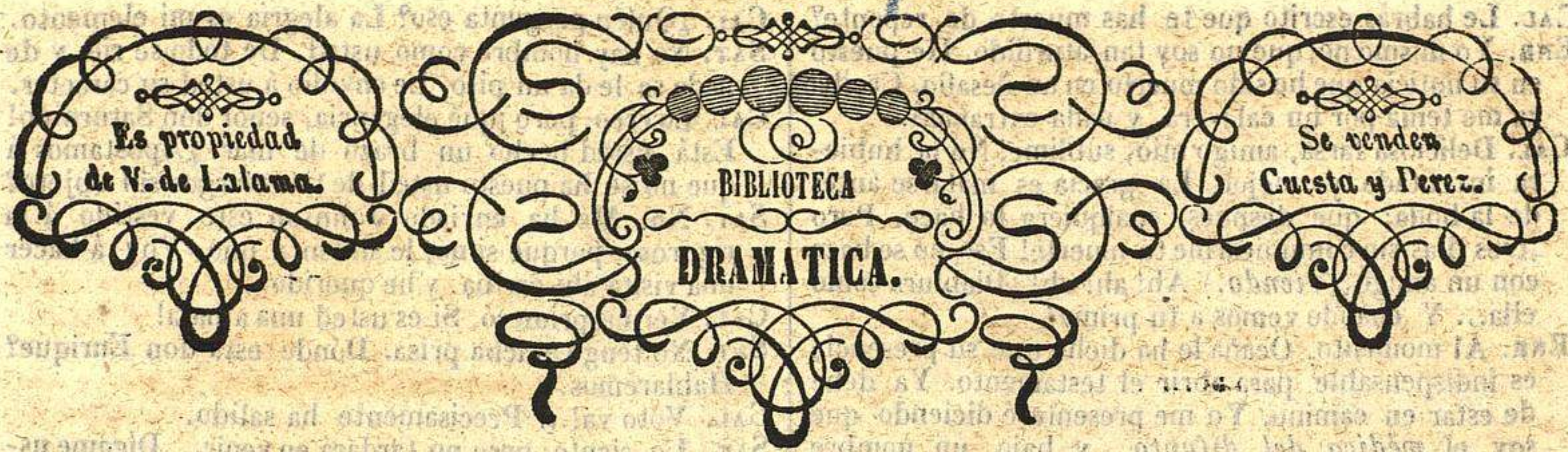


109



EL MÉDICO DEL DIFUNTO.

Comedia en un acto, traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, representada con aplauso en el teatro del Príncipe, el día 12 de junio de 1834.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA CECILIA.	Doña D. Generoso.
MERCEDES.	J. Baus.
DON ENRIQUE.	D. C. Latorre.
CALIXTO.	J. Valero.
SATURNINO.	J. Alcázar.
OCAÑA.	M. Casanova.

La escena es en una casa de campo de don Enrique, situada á las inmediaciones de Madrid.

El teatro representa una sala amueblada con sencillez. Habrá una mesa con escribanía. A la izquierda una ventana que da al campo.

ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE.

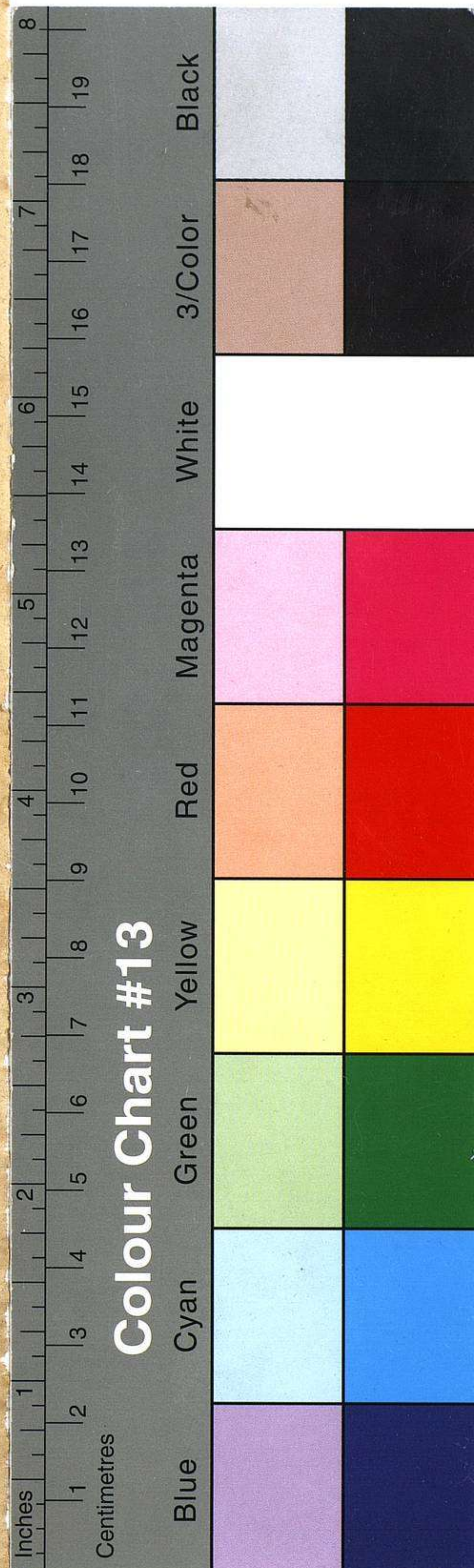
ENR. Bueno! Todo va bien, pero ¿qué hace ese diablo de Calixto, que no viene? Si pensará que le he llamado hoy á mi casa de campo sólo para divertirse, para admirar mis posesiones y ayudarme á matar el tiempo? Ya se ve! la costumbre es esta; pero ahora se trata de cosas mas importantes. Bien he hecho en elegir á Calixto para llevar adelante mi estratagema; ni pudiera hallar un hombre mas á propósito. El proyecto es diabólico; pero delicioso para una cabeza tan destornillada como la suya. Nada! No parece... Vamos, para que venga será preciso tocar al desayuno, porque creo que oiria la campana aunque estuviera en Filipinas. Oh! Ya está aqui: le vuelvo el crédito.

ESCENA II.

DON ENRIQUE, DON CALIXTO.

CAL. Buenos dias, Enrique.
 ENR. Adios. Ya te esperaba con impaciencia.
 CAL. De qué se trata?
 ENR. De cosas muy serias.
 CAL. Pues á Madrid me vuelvo. Todo lo que es seriedad me apesta.
 ENR. Pero escúchame, hombre. Ya sabes que he ganado el pleito. Por consiguiente, mi prima está arruinada, y ahora puedo obligarla á capitular!

CAL. Si, ya se ve; y Cecilia capitulará, porque las mujeres no desean otra cosa.
 ENR. Para conseguirlo tengo entre manos un ardid muy original.
 CAL. Sin consultarlo conmigo? Mezquina idea! Lo juraría.
 ENR. Veremos. Bueno será recordarte todos los antecedentes de mi dama. Despues de seis años de ausencia vuelvo á mi patria y me encuentro con la novedad de haber muerto toda mi familia, excepto una prima de veinte años, viva como un relámpago, linda como un ángel, y sensible..., ah! sensible como una viuda.
 CAL. Y sobre todo, sensible como una viuda con dos años de servicio. Excelente coyuntura para atacar su corazon! Durante uno ó dos años, y es el *maximum*, llora una mujer á su difunto marido, y pasado este tiempo llora por tener otro.
 ENR. Averiguo tambien que los albaceas de mi tio sostienen en mi favor y contra Cecilia un pleito que puede dejarla por puertas. Con esta noticia parto á Vallecas, donde reside mi prima, resuelto á proponerle un saludable matrimonio para poner término á nuestro litigio. Viaje en balde! Cecilia no admite mis proposiciones, y ni siquiera consiente en verme. Picado de su repulsa, y por otra parte, atraido, encantado por la fama de sus gracias, renuevo mis sollicitudes, la escribo..., ¡y me devuelve las cartas!
 CAL. Sin leerlas?
 ENR. Eso es lo que yo no me atreveré á jurar. Vista su obstinacion, el despecho se une al amor propio: prosigo la contienda judicial á sangre y fuego: venzo: juro casarme con Cecilia...
 CAL. Y ni por esas, eh?
 ENR. Al contrario, hoy mismo ha de ser mia.
 CAL. Entendámonos. Al fin ha consentido en verte, no es asi? Vas á Vallecas, y...
 ENR. Nada de eso. Ella va á venir á mi casa.
 CAL. A tu casa? Pues cómo te has manejado?
 ENR. Hace tres dias que soy difunto.
 CAL. Difunto! Estás en tu juicio?
 ENR. Difunto de moziganga... como los que se mueren de amor. No teniendo mas parientes que Cecilia, es natural nombrarla mi heredera, y entre otros bienes, adquiere la propiedad de esta hacienda.



CAL. Le habrás escrito que te has muerto de repente?

ENR. Yo mismo no, que no soy tan aturdido. He puesto en su noticia que he sido muerto en un desafío. Cecilia ya me tenía por un calavera, y nada extrañará.

CAL. Deliciosa farsa, amigo mio, sublime! No la hubiera inventado yo mejor. La gracia es matarse ántes de la boda; que despues, cualquiera lo hace. Pero ¡tres dias sin comunicarme tu muerte! Eso no se hace con un amigo. (riendo.) Ah! ah! ah! ¡Diablura como ella... Y cuándo vemos á tu prima?

ENR. Al momento. Ocaña le ha dicho que su presencia es indispensable para abrir el testamento. Ya debe de estar en camino. Yo me presentaré diciendo que soy el *médico del difunto*, y bajo un nombre supuesto, acaso lograré triunfar de su indiferencia.

CAL. Bravo! Tu serás el médico y yo el notario. A bien que yo de todo entiendo un poco, y ofrezco representar bien mi papel. Cómo nos vamos á reir! Ja, ja, ja!... Un médico, un escribano, un testamento... Digo! la cosa no puede ser mas divertida... Ah! ¿No temes ser descubierto por algun criado?

ENR. Todos han ido á Madrid, excepto mi fiel Ocaña.

CAL. Bravísimo! Me muero yo por una aventura burlesca.

ESCENA III

DON ENRIQUE, DON CALISTO, OCAÑA.

OCA. El señor don Saturnino viene á casa á todo galope.

ENR. Quién?... Ese fátuo... Qué contratiempo!... ¡Si le desnucase el caballo...

OCA. Le digo que ha muerto usted?

CAL. Por supuesto: no hay otro arbitrio.

ENR. Eh! de ningun modo. Mañana se hablaría de tu muerte en el *Correo literario*.—No hay hombre mas botarate ni mas charlatan en toda la Península. Ya se ha indispuerto con veinte mujeres por no dejarles hablar.

CAL. Por ahí tiene fama de ser el Lovelace de Madrid.

ENR. Un elegantuelo almibarado que en todas partes se encuentra; siempre haciendo la corte á las damas; siempre escribiendo billetes amorosos; muy persuadido de que todas se mueren por él...

CAL. Si le conozco mucho! Ahora ha dado en hacerse el modesto, el misterioso...

ENR. En fin, un insustancial de los muchos que hay en Madrid. Ahora está bañándose en Vista-alegre, y raro es el dia que no sale á hacer una expedicion en su tordo á los pueblecillos y casas del contorno. En otra ocasion no me incomodaria su visita, porque me río de él y le gano al billar; pero ahora...

CAL. Retírate y déjame. Yo conozco su flaco y sabré despacharle.

ESCENA IV.

DON CALIXTO.

CAL. Si no me engaño, á quien ha dado ahora en visitar y fastidiar con sus amores el tal don Saturnino es á la condesa viuda de Malvaseca que reside actualmente en una granja cerca de aqui. Cuando viene don Saturnino á visitarnos, y le preguntamos al despedirse, adónde va tan tarde, responde siempre: *por ahí arriba*. Pues bien, yo voy á enviarle tambien *por ahí arriba*.

ESCENA V.

DON CALISTO, DON SATURNINO.

SAT. La tal quinta parece un desierto. (talareando.) Larán, larán, larán... Ob mi amigo don Calixto! Qué tal?... ¿Hay buen humor como siempre?

CAL. ¿Quién pregunta eso? La alegría es mi elemento.

SAT. No hay hombre como usted. De todo se rie, y de nada se le da un pito. Le envidio á usted su carácter.

CAL. Lo creo; pero ¡qué elegancia, señor don Saturnino! Está usted hecho un brazo de mar. ¿Apostamos á que no se ha puesto usted de tiros largos sin objeto?

SAT. No. Me ha enviado Johnson este vestido á la rigorosa, porque si nó, le silban á uno. Voy á hacer una visita ahí arriba y he querido...

CAL. Vernos primero. Si es usted una alhaja!

SAT. No tengo mucha prisa. Dónde está don Enrique? Hablaremos.

CAL. Voto va!... Precisamente ha salido.

SAT. Lo siento; pero no tardará en venir... Dígame usted: ¿y su pleito?

CAL. (Maldito seas!) Lo ha ganado sin costas.

SAT. Eso es lo que se llama tener fortuna. ¡Triunfar de una bella! Nunca me he visto yo á esas alturas...

CAL. Vamos, señor don Saturnino, no hay que echarse tanto por tierra. Ya sabemos que tiene usted mucho partido con las damas.

SAT. Yo? Qué disparate!... Han dado en decir eso... Ya se ve, como me ven tan introducido, y al cabo no soy ningun mostrenco... Pero crea usted que se hace muy poco negocio. Soy muy desgraciado en amores.

CAL. La modestia siempre ha sido compañera del mérito. (¿Habrás titere?)

SAT. Habiendo ganado el pleito don Enrique, ya podemos dar por seguro su casamiento con la hermosa Cecilia, eh?

CAL. Su casamiento? ¡Si hace un siglo que no piensa en semejante cosa!

SAT. ¡Ba, ba! Pues si no hace cuatro dias que me habló del asunto!

CAL. Podrá ser; pero los jóvenes mudamos de parecer de la noche á la mañana. Amigo, me consta que tiene *in cápite* otros amores. Esta mañana muy temprano montó á caballo, y á escape se separó de mí.

SAT. Y adonde iba tan apresurado?

CAL. Ahí arriba me dijo.

SAT. De véras?

CAL. Qué tiene eso de particular?

SAT. Nada;... pero... (se levanta.) (¿Si habrá ido por casualidad...?) Qué camino ha tomado?

CAL. (Caiste.) Ese de la izquierda: el de la fuente del Olmo.

SAT. Pues!, que va derecho á la quinta de la condesa de Malvaseca.

CAL. Cabalmente.

SAT. (Me gusta, como hay Dios! Dos dias seguidos he ido á visitarla y no me ha recibido por estar con la jaqueca... ¡Ya conozco la maula!)

CAL. (Se amosca el hombre? Ya es mio!) Enrique no tardará. Vamos al billar y jugaremos un par de mesitas mientras viene.

SAT. No, gracias.

CAL. A repetir, por derecho, á carambola y billa, ó como usted quiera.

SAT. Otra vez, otra vez. No me acordaba de que tengo que dar unos dias. Abur.

ESCENA VI.

DON CALIXTO, DON ENRIQUE.

ENR. Estamos ya libres de ese tonto?

CAL. Sí, hombre, gracias á mis buenas despachaderas, porque el maldito venía despacio.

ENR. Sí?
 CAL. Pero se va como perro con maza.
 ENR. ¿Y cómo has hecho...
 CAL. Te lo contaré luego. Ahora lo que urge es acordar...
 ENR. Calla! No oyes un coche?... ¿Si será...
 CAL. (á la ventana.) Mira, mira; dos señoras se apean.
 ENR. Ay Dios! Cecilia es sin duda una de ellas. (mirando por la ventana.) Sí; ella es!
 CAL. Pues vámonos de aquí.
 ENR. Dejame contemplarla un momento. Qué divinos ojos! qué talle! qué garbo! Mirala, hombre, mirala, y si eres sensible...
 CAL. Yo sensible? ¿Has olvidado que soy escribano? Que vienen! Vámonos.

ESCENA VII.

CECILIA, MERCEDES, OCAÑA.

CEC. Ay Mercedes! Al entrar en esta quinta siento oprimido el corazón.
 MER. Y á no ser por la muerte de tu primo, no la hubieras vuelto á saludar.
 CEC. He aquí la casa de recreo que tan grata fué para mi tío! Hoy la vuelvo á pisar al cabo de diez años.
 OCA. Señora, parece que está usted indispueta. Si usted le ha menester, en casa se halla el médico del difunto de mi pobre amo... Oh! ¡Si viera usted que talento tiene!
 CEC. Deseamos estar solas. Estas paredes han visto los inocentes juegos de mi infancia.

ESCENA VIII.

CECILIA, MERCEDES.

CEC. Prevenido mi tío contra Enrique, me hizo prometerle que no le vería y que sería fiel á mi palabra.
 MER. ¡Sí, sí, fiel, y desde su vuelta á España no has hecho otra cosa que pensar en tu primo!
 CEC. Yo, Mercedes?
 MER. Tú, hija mia. Siempre me has estado diciendo: Pobre jóven! ¿quién sabe... Puede que no sea tan calavera como dicen.
 CEC. No he rehusado tenazmente sus visitas, y hasta sus cartas?
 MER. Sí, pero con harto pesar... Sobre que estas cosas no se pueden ocultar! Eso es lo mismo que si yo dijera que no pienso mas en el pérfido que me dió palabra de casamiento en Cartagena, antes de haber tenido tú la bondad de recogerme en tu casa.
 CEC. Como á mi mejor amiga. Despues de muerto tu marido, los reveses de la fortuna le han reducido á la pobreza. No te aflijas, querida Mercedes. Quanto yo posea será tuyo. ¿Pero aun te acuerdas de un hombre tan ingrato? Ya no le debes amar, habiéndote engañado.
 MER. ¿Qué se yo! Tal vez por lo mismo... No me quita el sueño la memoria de Calixto; pero me agradaba su carácter; siempre de broma, siempre retozándole la risa en el cuerpo... Así quiero yo á los hombres.
 CEC. Nunca he notado yo que te haya afligido mucho su inconstancia.
 MER. Afligirme! Eso no. Aunque estuviera loca! Pues si diéramos en afligirnos por eso las mujeres, ¿sería el cuento de nunca acabar.

CEC. Quién tuviera tu humor!
 MER. Quiéres creerme? Cásate. Nada alegre tanto como el matrimonio. Yo lo sé por experiencia, y tú tambien.
 CEC. Casarme yo?
 MER. ¿Y qué has de hacer sin casarte, y mas ahora que vas á ser rica? Ya ves, con la herencia de tu primo...
 CEC. Ah! Mejor sería que aun fuese yo pobre, con tal que viviera Enrique.
 MER. Aguarda! ¿Quién será aquel jóven vestido de negro?
 CEC. Un jóven!.. Y yo así... vestida de camino... Mis rizos...
 MER. No te dé cuidado: sin duda es el médico que nos anunció el criado, y los médicos están muy acostumbrados á ver á las damas en *deshabillé*.

ESCENA IX.

CECILIA, MERCEDES, DON ENRIQUE (de luto.)

ENR. Señora, siento en el alma no haber estado en casa cuando usted llegó... Ocaña me ha dicho que al parecer se sentia usted indispueta...
 CEC. Aprecio mucho la atencion de usted, caballero. Ya estoy mucho mejor.
 MER. (aparte con Cecilia.)—Amiga, no sé qué decirte; pero este médico tiene trazas de ser mas peli-groso á los sanos que á los enfermos.
 CEC. No seas loca.
 MER. Te dejo con él y voy á visitar la quinta.

ESCENA X.

CECILIA, DON ENRIQUE.

ENR. (¡Siento una turbacion... una... No sé qué decirle.)
 CEC. Se halla usted establecido en el pais, caballero?
 ENR. Si, señora: desde el regreso del capitán Robledo, su pariente de usted. Hemos sido inseparables.
 CEC. Ah! Ya entiendo. Usted ha sido su médico particular...
 ENR. (Hablemos en tono doctoral.)—Si, señora; y ya puede usted figurarse cuánto sentiré su muerte. ¡Como que no tenia mejor amigo, mejor confidente que yo! Pobre Enrique! ¡Haber salvado su vida de tantos combates, y encontrar la tumba en esta soledad, léjos de sus estandartes! Ah! No puedo contener mis lágrimas. Le amaba tanto... que habiendo él muerto no sé como vivo yo todavía.
 CEC. Nadie como usted, que con tanta amistad le ha tratado, me puede decir si es cierto que pensaba seriamente en casarse conmigo.
 ENR. Ah señora! Usted sola ocupaba su imaginación; sólo hablaba de usted; sólo en usted pensaba, y á usted fué encaminado su último suspiro.
 CEC. Pobre Enrique!
 ENR. Qué! siente usted su muerte? No le aborrecia usted?
 CEC. Yo aborrecerle? El cielo es testigo de los afanes que me ha costado el obedecer la voluntad de mi tío.
 ENR. (Bien haya tu boca!)
 CEC. Yo no conocia á mi primo; pero sus últimas disposiciones serán sagradas para mí. Sin embargo, se dice que tenia no pocos defectos.
 ENR. (Ay, ay, ay!)
 CEC. Y si he de dar crédito á la fama, y principalmente á mi tío, el tal Enrique era aturdido, quimerista, jugador, libertino...

ENR. (Soberbia oracion fúnebre!)

CEC. Me han contado de él tantas locuras...

ENR. Ah! No le acuse usted, señora. Era tan desgraciado! Cuando pensaba en la ingratitud de usted, razon era que procurase distraerse.

CEC. Parece que su mala cabeza le ocasionó disgustos... muy sensibles para mi corazon.

ENR. Cuán fácil le hubiera sido á usted el corregirle!

CEC. No hay en Madrid muchacha bonita á quien no haya galanteado, segun dicen.

ENR. Qué queria usted que hiciera? No habia visto esa cara de cielo.

CEC. Usted quiere justificar á su amigo; pero una vez que el capitán me adoraba, ¿por qué litigar contra mí con tanto encarnizamiento? El no ignoraba que si perdía yo el pleito, mi ruina total era infalible.

ENR. Lo ignoraba, señora. Ah! Si hubiera usted sido testigo como yo de su despecho, de su remordimiento, le perdonaria usted un momento de venganza... Es tan cruel el amar sin ser amado!... ¿Qué no hubiera dado mi triste amigo por ver á Cecilia, por hablarla un momento, como yo la veo, como yo la hablo! Hubiera olvidado todas sus penas; hubiera abierto su pecho á la esperanza... Yo mismo no me acuerdo de mi dolor en presencia de usted; olvido el doloroso accidente que nos reúne; y casi deseo que se prolongue esta situacion..., á un tiempo dulce y penosa... Ah! ¡No puede usted concebir cuánto es el embeleso de mi corazon al hablarla de su primo, y cuál sería mi regocijo si consiguiera que le fuese á usted cara su memoria!

CEC. (¡Qué oigo! Me enternezco á mi pesar, y me temo á mi misma.)

ENR. (Veamos qué efecto produce mi testamento.)

CEC. (¡Es posible que la amistad...)

ENR. (en voz baja.)—¡Chit!... callad.

ESCENA XI.

CECILIA, DON ENRIQUE, MERCEDES, DON CALIXTO, OCAÑA. (Don Calixto sale vestido de negro, en traje raro de escribano, con gafas, y unos papeles en la mano.)

MER. Amiga, siento interrumpirte, pero el criado conduce aqui, segun parece, al escribano.

CAL. Señoras, beso á ustedes los piés. Caballero, tengo el honor... Vamos, no afligirse; es preciso tener mas ánimo. Bien conozco que la escena es congojosa para todos nosotros; pero al fin hay que resignarse á la voluntad de Dios. Por otra parte, la herencia es cuantiosa, y... los duelos con pan son ménos.

ENR. Señor notario, estamos esperando que usted lea.

CEC. Tan pronto? Cruel momento! Horrible memoria para mí!

CAL. Señora, el sentimiento de usted es muy natural, y yo la acompaño en él. No me atreveré á decir á usted cuánto me alegraría de que el difunto pudiera leerle su testamento; pero es cosa nunca vista en la curia. Sin embargo, la exhorto á usted á tranquilizarse. Tome usted ejemplo del señor doctor. Usted me dirá que los médicos se habitúan fácilmente á estas bagatelas. (se sienta y saca papeles.)

MER. (Me parece haber visto á este hombre en otra parte.)

CAL. En el nombre de Dios, y con permiso de ustedes. Hum, hum, (lee entre dientes...) «Son presentes en este acto...»

ENR. Mi señora doña Cecilia Vélez de Guevara, prima del difunto.

CAL. Cuyos piés beso... Es decir, los de mi señora doña Cecilia.

ENR. Feliz de Arteaga, Médico del difunto.

CAL. Y esta señora?... (reconociendo á Mercedes.) ¡Ay, ay, ay! ¡Dios nos asista!

MER. Mercedes de Urréa y Santibañez.

CAL. Muy señora mia.

MER. (No he visto cosa mas parecida.)

CAL. (Ella es. Si me conoce, soy perdido; quiero decir, casado!)

MER. (Si no temiera engañarme, diria...)

CAL. Atencion, que comienzo. (lee.) Hum, hum... «Yo Enrique Robledo Vélez de Guevara, capitán de caballería ligera, etc., etc., herido mortalmente; pero sano de cuerpo...» (aparte con D. Enrique.) Se te olvidó poner «y de alma.» Lo digo?

ENR. Claro está.

CAL. «Sano de cuerpo y de alma... Hum, hum.» Las formalidades de costumbre, etc. etc. «Nombro é instituyo por mis herederos: primero, á mi fiel lacayo Martin Ocaña, á quien lego la suma de seiscientos ducados.»

OCA. (No dejaré de hacérselo á la memoria in articulo mortis.)

CAL. «Item: lego y endoso en debida forma á mi amigo el escribano real don Calixto de Foronda...»

MER. Calixto Foronda? (El es!...)

CAL. (Torpe de mí, que me he nombrado!) «Mi pequeña biblioteca y mi espaciosa y bien surtida bodega.»

MER. (La bodega. Qué prueba mejor?)

CAL. «Después de haberme reservado las donaciones y legados *suprascriptos*, nombro é instituyo por mi legataria universal á Doña Cecilia Vélez de Guevara, mi prima, bajo la expresa condicion de comprometerse por escrito en el mismo dia en que se abra este mi testamento á casarse con mi mejor amigo, el jóven doctor don Felix de Arteaga.»

CEC. Cómo!... ¿Casarme yo con...?

CAL. Un poquito de silencio, señores. «Pero, si por casualidad la dicha doña Cecilia no consintiese en este enlace, es mi voluntad que todos mis bienes se dividan en dos partes iguales; una para la mencionada doña Cecilia y otra para el susodicho don Félix.» --Hum, hum, etc. Fecho y firmado en la quinta de Fonverde, etc.»

CEC. Señor don Félix, la última cláusula honra demasiado la memoria de mi primo, para que yo no me apresure á suscribir á ella.

ENR. (Malo!) ¡Ah señora! Crea usted que yo no abusaré de una generosidad...

CEC. Cómo! ¿No le basta á usted la mitad de un caudal inmenso? ¿Renuncia usted...?

ENR. Sí, señora; conozco demasiado bien las leyes del honor para aceptar jamás lo que ha ordenado en mi favor Enrique. El señor escribano extenderá en mi nombre ahora mismo una renuncia formal.

CEC. Confieso que la resolucion de usted es lisonjera para mí; mas tambien algo... repentina.

ENR. Sí, señora; pero si Enrique hubiera poseído ese corazon, mi suprema dicha se cifraria en heredarle.

CEC. ¡Qué premura! Eso es no dejarle á una respirar.

ENR. No extraño, señora, que sin conocerme tenga usted repugnancia á suscribir á la voluntad del difunto. Así es que cualquiera que sea el tiempo que usted se tomé para dictarme la suya, sabré esperarla con resignacion, si me es lícito consolarme con alguna esperanza.

CAL. Qué está usted diciendo, señor doctor? Las leyes no sufren tanta demora. En materia de amor y de

himeneo con un momento basta, y yo estoy seguro de que esta señora se decidirá ántes de anoecer.

ESCENA XIII.

MERCEDES y DON CALIXTO.

CAL. (recogiendo sus papeles)—He concluido mi comisión, (saludando.) Señora, á los piés de usted.

MER. Una palabra, señor notario. Adonde va usted tan de prisa? (El es: estoy muy segura. Veamos hasta donde llega su desfachatez.)

CAL. (Buena me espera!) Señora, dispéñeme usted que...

MER. Quiero aconsejarme de usted sobre un asunto que es de su facultad; pero antes de explicarme, sírvase usted responderme francamente. Está usted seguro de ser escribano?

CAL. Donosa pregunta! Si, señora: escribano público, notario de los reinos; pero, lo siento en el alma, no puedo dejar de la mano este asunto del testamento, y con permiso de usted...

MER. Un momento. Supuesto que es usted escribano público está obligado á servir como tal á todo el mundo.

CAL. (No hay escapatoria.)—Veamos en qué puedo servir á usted, señorita.

MER. Hace cosa de dos años que un fementido, llamado don Calixto de Foronda; como usted, señor escribano público...

CAL. (Malorum!)

MER. Fué presentado en casa de una tia mia en Cartagena. Allí le ví por primera vez. Fuese amor, fuese simpatía, ó lo que usted quiera, su aspecto me causó una conmoción involuntaria. El muy bribon osó requerirme de amores: yo era viuda, y tuve la debilidad de corresponderle. En fin, me hizo una promesa de matrimonio para dentro de ocho dias.

CAL. (Bien me acuerdo. Qué libertino era yo entonces!)

MER. Pero antes de espirar el plazo, el traidor se escapó de Cartagena, y desde entonces no he sabido su paradero. (fingiendo ternura y dolor.) ¡Ah!

CAL. (Me recuerda la página mas brillante de mi historia.)

MER. La ausencia..., su ingratitud... me han hecho la mas infeliz de las mujeres. De dia y de noche no ceso de llorar... (llorando.) ¡Ah!

CAL. (Esta maldita me va á enternecer.) Consuélese usted: no faltará quien le reemplace. El se fué sin duda... porque no pensaba cumplir su palabra.

MER. Lo cree usted así? (llora.)

CAL. Yo la compadezco á usted; pero nada puedo hacer y ..

MER. Cómo que no puede usted? La promesa está en regla.

CAL. Si?... (Quién me saca de este pantano?)

MER. Y en papel sellado.

CAL. Tiene fecha?

MER. Si, señor.

CAL. ¿Y está escrita...?

MER. Sin enmiendas ni raspaduras.

CAL. El papel?

MER. Integro.

CAL. ¿Le hizo la promesa...

MER. Libre y espontáneamente.

CAL. El documento está en forma?

MER. Vaya!, como escrito por la mano de un notario.

CAL. (Me atrapó. No hay remedio.)

MER. Ampare usted mi justicia, ó acudiré...

CAL. Señora... (Ea, Calixto: aquí de tu filosofía; hagamos de tripas corazón. Así como así, la muchacha no me disgusta.) Será posible? ¡Oh criatura adorable! ¿Aun me amas despues de dos años de ausencia? Eres una mujer incomparable.

MER. Oh cielos! Qué dice usted?

CAL. (riéndose.) Reconoce á tu Calixto...; (suspirando.) á tu marido!

MER. Es cierto?

CAL. Sí, morena; siempre fiel como un Amadís y tierno como un Gaiferos.

MER. Conque no se ha mudado tu corazón?

CAL. No, querida. (Más ha viajado que un correo de gabinete.)

MER. Galopin!... Una hora hace que te he reconocido.

CAL. Ahora veo que nos queríamos los dos mas de lo que pensábamos. Abrazame, salerosa. Escucha; ya no debo ocultarte nada; todo lo que está pasando en esta casa es una pura pantomima, un artificio para ablandar el corazón de doña Cecilia... A Dios gracias, el capitán está tan vivo como nosotros.

MER. Qué oigo! Impulsos me dan de vengarme.

CAL. Madama Foronda; pues hace ya dos años que habeis adquirido este nombre respetable; aquí sólo exigimos de usted un sacrificio. Es grande, para una mujer, pero preciso.

MER. Cuál es?

CAL. Que calle usted.

MER. Callar?... (sacando un papel y enseñándoselo.) ¿Me cumplirás la palabra de...

CAL. Sí, tórtola; no deseo otra cosa. Bien pudiera alegar que ha vencido el término, y por consiguiente que ha caducado tu derecho; pero ¡á Roma por todo!—Chiton! Cecilia viene.

ESCENA XIII.

MERCEDES, DON CALIXTO, CECILIA.

MER. Qué meditabunda vienes, mi querida Cecilia! No lo extraño; la cláusula del testamento es embarazosa.

CEC. No tal; me vuelvo á mi Vallecas, y no me caso con el médico. Acabo de decírselo.

CAL. Pues la hemos hecho buena!

MER. Con todo, ¡es un jóven tan interesante!... Sobre que no parece médico!

CEC. ¿Puede usted decirme, señor escribano, si había mucho tiempo que el médico era amigo del capitán?

CAL. Mucho?... Desde la cuna... Mayor identidad de pensamientos y de costumbres... Quien ve al uno, ve al otro...; quiero decir, veía al otro... Parecian los dos Píladés y Oréstes: he dicho mal, Cástor y Pólux.

CEC. Y cómo no ha esorbado el médico ese fatal desafío?

CAL. Ha sido su padrino.

CEC. Su padrino? El motivo del duelo ha debido de ser muy poderoso. ¿Usted lo sabe?

CAL. Ah señora!... No quisiera alligir á usted.

CEC. Dígalo usted: yo se lo ruego.

CAL. Ya es forzoso confesarlo. Usted ha sido la causa inocente de su muerte.

CEC. Yo?

CAL. Si, señora.

CEC. Oh colmo de amarguras! Pero explíquese usted...

El Médico del Difunto.

CAL. Señora, ¿para qué apurar... (No sé que decir. Excúseme usted tan penosa explicación.)

CEC. Dígame usted al menos el nombre de su enemigo.

CAL. Su nombre? Señora...

MER. Sí, su nombre.

CAL. (Qué diablo!... No me ha dicho quién le ha muerto.) No sé si sería prudente...

CEC. Acabe usted.

CAL. Pues bien, señora... (¿a quién le colgaremos el milagro?) un tal..., un tal don Saturnino Cienfuegos... (¡Quiera Dios que no le conozca!)

CEC. Es posible?

MER. ¿Ese mequetrefe, bulle-bulle, llamado por mal nombre el coquito de las damas? Yo creía que semejantes apéndices no eran hombres de armas tomar.

CAL. (apurado.) Qué quiere usted, señora! Ronda estas inmediateces...; suele venir por aquí... En fin, preciso es que se haya batido con alguien el capitán.

ESCENA XIV.

MERCEDES, DON CALIXTO, CECILIA, DON SATURNINO.

SAT. (entrando.) (Oh! Pues yo he de averiguar...)

CEC. Qué veo?

CAL. (Esta es otra que bien baila.)

MER. Don Saturnino!

CEC. Tiene usted valor para presentarse á mis ojos? Aléjese usted: su presencia me horroriza. (se retira á un extremo de la sala.)

CAL. (No puedo contener la risa.)

SAT. Horrorizar mi presencia!... ¡Pues aunque fuera yo un tigre... Dígame usted, Merceditas...

MER. No se acerque usted á mí, hombre cruel y desalmado! (Sigue á Cecilia.)

ESCENA XV.

DON CALIXTO, DON SATURNINO.

SAT. Por Dios, señoras!... Que es esto?... Alguna equivocación sin duda... Amigo Foronda, usted me dirá...

CAL. Váyase usted, váyase usted, ó de lo contrario...

SAT. Pero, señor, qué significan esas pantomimas? Parece que se han puesto de acuerdo para mofarse de mí.

CAL. Ya ha muerto el infeliz!... ¿Viene usted á insultarle en la tumba?

SAT. Pero...

CAL. Usted lo sabe mejor que nosotros, ¿Negará usted, corazón de hiena, que á los filos de su espada ha muerto el pobre capitán?

SAT. Qué muerto, ni que haca? Ha perdido usted la cabeza?

CAL. No, señor.

SAT. Eh! ya basta de broma. Usted me dará satisfacción...

CAL. Lo oyen ustedes? (en tono trágico.) ¡No le basta una víctima: también á mí me quiere sacrificar. (vase.)

SAT. Esto ya pasa de raya. Nos veremos. (vase.)

ESCENA XVI.

CECILIA, MERCEDES.

CEC. Hase visto hombre mas osado?

MER. (Aboguemos ahora por el médico.) Ya ves,

amiga mía, que el doctor rehusa la mitad de la hacienda, y se obstina en ser tu esposo. Yo en tu lugar tomaria el caudal y el marido, que es como decir el santo y la limosna.

CEC. Estás en tí? ¿Conque ahora le he visto por primera vez, y...

MER. Sí, pero tiene un no sé qué, que seduce á primera vista.

CEC. Es verdad; parece un jóven amable...; fino...; su fisonomía le recomienda...; mas ¿qué dirán las gentes de un casamiento tan atropellado?

MER. Chica, en materia de casamiento muchas veces por demasiado escoger ¡nos llevamos unos chascos!... Reflexiona que Enrique conoceria tan á fondo á su amigo, que no te le hubiera propuesto para marido á no estar seguro de que á falta suya, sólo don Félix podria hacerte dichosa.

CEC. En efecto, tu conjetura es muy natural. Pobre Enrique!... Cuánto me pesa de haber sido tan ingrata con él!

MER. Pues bien, no te expongas á nuevos remordimientos. Has de saber que ese jóven te conoce y te adora hace mucho tiempo.

CEC. Qué dices?

MER. Acabo de averiguarlo.

CEC. Bien puede ser, porque sus ojos me miraban con una ternura...; con una devoción...

MER. Ya conocia yo que no lo echabas en saco roto. Esas cosas jamás se nos escapan á las mujeres.

CEC. Te ries? Por cierto que mi situación...

ESCENA XVII.

CECILIA, MERCEDES, OCAÑA.

OCA. El médico se retira...

CEC. Se marcha?

OCA. Y quiere tener el honor de despedirse de usted.

CEC. Mujer, no sé si debo...

MER. Sí, sí. Dígame usted que venga.

ESCENA XVIII.

CECILIA, MERCEDES, DON ENRIQUE, DON CALIXTO.

CAL. Pero reflexione usted, señor don Félix...

ENR. Se cansa usted inútilmente, señor Escribano: estoy resuelto á partir, y... Ah! Perdóne usted, señora. Ignoraba...

CEC. ¿Conque, pudiendo usted ser rico, se ha empeñado en...?

ENR. Señora; no se me oculta el destino que me aguarda; pero á lo menos de nada me acusará el corazón.

CEC. (Qué exceso de delicadeza!) Confieso que mi admiración...

ENR. Adios, señora: sea usted la única heredera de mi amigo. Yo no tenia ningun derecho á la herencia: me basta llevar impresa en mi alma la dulce imagen de Cecilia.

MER. (aparte á Cecilia.) Acepta, boba mía; que no te pesará.

CEC. (Todos conspiran contra mí, y no sé que presentimiento...)

ENR. Adios, señora, para siempre.

CAL. (aparte con Mercedes.) Mercedes!...

MER. (Ella firmará.)

ENR. Renuncio á la mano de usted, á la herencia, á todo menos á mi amor.

CEC. (Ah! No sé lo que me pasa.) Espérese usted.

ENR. (Ah!)

CEC. Yo privarle á usted de su bienestar! Ah! Tanto

desinterés, tanta generosidad me confunden, y...
 ENR. Señora, mi felicidad, mi gozo sería... Pero... A
 Dios, Cecilia!
 CEC. No, no. Deme usted ese papel. (*firma en él.*)
 CAL. Firmó!
 MER. Pues no había de firmar?
 ENR. Querida de mi corazón!...

ESCENA ULTIMA.

CECILIA, MERCEDES, DON ENRIQUE, DON CALIXTO
 OCAÑA, DON SATURNINO.

OCA. (*dentro.*) No se puede entrar.
 SAT. (*entrando.*) Eh! quitate de enmedio.
 ENR. Don Saturnino!
 CAL. (*Ahora es ella!*)
 CEC. ¿Cómo...
 SAT. Hola! Oiga! Aquí está usted? ¿A qué me han
 venido con embustes?
 CAL. (*Qué diablura!.. A bien que ya ha firmado.*)
 SAT. Mucho celebros verle á usted con perfecta salud.
 Decían que había usted muerto... El buen Robledo!...
 Dígole á usted que ha sido humorada singular!
 CEC. Qué oigo! ¿Conque usted...
 ENR. Si, hermosa Cecilia; Enrique soy. Tu desden me
 dió la muerte y tu amor me resucita.
 CEC. Me han burlado!—Ah primo mio! Necesito de
 todo el placer que me causa este momento para que
 no seas á mis ojos el mas inícuo de los hombres.
 ENR. El amor es mi disculpa. ¿Supongo que ya habrán
 terminado todas nuestras desavenencias?
 CEC. No, por cierto. El escrito que acaban ustedes de
 hacerme firmar debe ser nulo como efecto de una
 intriga infernal.
 CAL. Perdona usted, señora; los actos que pasan ante
 mí son válidos y fehacientes. Pregúntesele usted á
 la señora. Usted ha firmado y *scriptum est quod*
scriptum est. Aunque fuese yo escribano no tendría
 tan en la uña el Febrero.
 CEC. Como! No es usted escribano?
 CAL. Tan escribano soy yo como este papel contrato
 matrimonial.
 CEC. Pues ¿qué es?
 CAL. Una aceptación en regla de los bienes que ha per-
 dido usted en el pleito.
 CEC. Qué escucho!
 ENR. Imaginas que Enrique podía abusar de tu desgra-
 cia? Para qué quiero yo los bienes de fortuna? Gó-
 zalos dichosa. Sólo codicio un tesoro y este quiero
 debértelo á tí.

MER. Qué! ¡Si era tan mala cabeza Enrique... ¿Y
 qué me dices de este rasgo?
 CEC. ¡Amado Enrique,... cuánto me has hecho pade-
 cêr!... Tuya soy; (*le da la mano.*) firmaré cuanto
 quieras.
 ENR. Oh dicha inefable!
 SAT. Vamos, ya entiendo, ya entiendo: han querido us-
 tedes divertirse á mi costa.
 CAL. Eh! Una chanza inocente; mas descuide usted;
 nada se sabrá: no sea que pierda usted algo de su as-
 cendiente con las hermosas.
 SAT. Sí, ascendiente! Esa fama tengo; pero... Vamos,
 no me quieren, no me quieren las muchachas.
 MER. Ya es hora de presentarte mi perjuro de Carta-
 gena. Ahí le tienes. Se me ha aparecido cuando mé-
 nos lo pensaba.
 CEC. Me engañas? Es usted!
 CAL. Si, señora. Soy flaco de memoria, y olvidé mi
 promesa... Pero esta enfermedad de casarse tiene algo
 de contagiosa... ¡Cómo ha de ser!... Escribiré dos
 epitalamios, uno para mí y otro para el muerto.
 MER. En lugar de un entierro celebraremos dos bodas.
 No me disgusta el cambio.
 CEC. A mí tampoco.
 ENR. Y mucho menos al *Médico del Difunto*.

FIN DE LA COMEDIA.

MADRID, 1862:—Imp. de PASCUAL CONESA.
 Calle de Toledo, núm. 69, Junto á S. Millan.

ADVERTENCIA. Esta y otras traducciones, mas
 ó menos libres, debidas á la pluma de *D. Manuel*
Breton de los Herreros, son las únicas que de
 las mismas obras se han representado en los
 teatros de Madrid, y han sido revisadas y corre-
 gidas por el traductor, antes de procederse á su
 impresion en esta *Biblioteca dramática*, á fin de
 purgarlas de los errores que contenian las copias.

¡Ay, qué dolor! ¡Ay, qué dolor! ¡Ay, qué dolor!
que me dice de esta forma...
¡Ay, qué dolor! ¡Ay, qué dolor! ¡Ay, qué dolor!

FIN DE LA COMEDIA.

MADRID, 1863. Imp. de Pascual Gorra.
Calle de Toledo, núm. 38. Venta de S. Millán.

Advertencia. Esta y otras traducciones, mas
a menos libros, debidos a la pluma de D. Manuel
Brito de los Herberos, son las únicas que de
las mismas obras se han representado en los
teatros de Madrid, y han sido revisadas y cor-
rigidas por el traductor, antes de procederse a su
impresion en esta Biblioteca dramática, a fin de
purgarlas de los errores que contenian las copias.

¡Ay, qué dolor! ¡Ay, qué dolor! ¡Ay, qué dolor!
que me dice de esta forma...
¡Ay, qué dolor! ¡Ay, qué dolor! ¡Ay, qué dolor!